

reconozcamos en nosotros mismos, ni por consecuente que deseemos la reputacion. Es verdad que la humildad menospreciaría la fama, si la caridad no la hubiese menester; mas, por cuanto esta es uno de los fundamentos de la comunicacion humana, y que sin ella somos no solo inútiles pero dañosos al público, por causa del escándalo que recibe, la caridad manda y la humildad tiene por bien que la deseemos y conservemos preciosamente.

Fuera desto, así como las hojas de los árboles, que de suyo no son de estima, sirven con todo eso de mucho, no solo para hermosearlos, sino tambien para conservar los frutos mientras están tiernos; así tambien la buena fama, que de sí misma no es cosa que con ahinco deba desearse, no deja por eso de ser muy útil, no solo para el adorno de nuestra vida, pero tambien para la conservacion de nuestras virtudes, y principalmente de las virtudes tiernas y débiles. La obligacion de mantener nuestra reputacion y de ser tales cuales nos estiman, despierta un ánimo generoso á una poderosa y dulce violencia. Conservemos nuestras virtudes, querida Filotea, por cuanto estas son agradables á Dios, principal y soberano objeto de todas nuestras acciones. Mas, como los que quieren guardar los frutos no se contentan con solo confitarlos, sino que los ponen en vasos propios á su conservacion; así tambien, aunque el amor divino sea el principal conservador de nuestras virtudes, podemos tambien emplear la buena fama como muy propia y útil á este fin.

No por esto debemos mostrarnos muy fogosos, exactos y puntosos en esta conservacion, porque los que son tan delicados y cosquillosos por su reputacion, parecen á los que por cualquier suerte de achague toman medicinas, los cuales, pensando conservar la salud, la estragan del todo. Así es (1) que otros queriendo mantener con tanta puntualidad su reputacion, vienen enteramente á perderla; porque por esta delicadeza se hacen enojosos, aborrecibles y insuportables, y provocan la malicia de los maldicientes.

La disimulacion y menosprecio de la injuria y calumnia es de ordinario un remedio más saludable que el sentimiento, la porfia y la venganza. El menosprecio los hace desmayar; mas si se recibe enojo, parece proceder del sentimiento de injuria justa (a). Los cocodrilos no dañan sino á los que los temen, ni tampoco la murmuracion sino á los que por ella se penan y fatigan.

El miedo excesivo de perder la fama muestra una grande desconfianza del fundamento della, que es la verdad de una buena vida. Las villas que tienen puentes de madera están expuestas á que cualquier suerte de avenidas las rompa y lleve tras sí; pero las que las tienen de piedra viven seguras y sin miedo, si no es de algunas extraordinarias crecientes. Así los que tienen un alma verdaderamente cristiana desprecian de ordinario los rebatos y ofensas de las lenguas injuriosas; mas los que se sienten débiles y flacos, del menor chisme se inquietan y alborotan. Créeme, Filotea, que quien quiere tener reputacion con todos, la pierde con todos; y merece perder la honra aquel

(1) otros (Edicion original.)

(a) il semble qu'on les avoué, dice el antiguo texto francés.

que quiere tomarla de aquellos á quien los vicios hacen verdaderamente infames y deshonrados.

La reputacion no es sino como una señal, la cual muestra dónde aloja la virtud. La virtud pues debe en todo y por todo ser preferida. Dirá á veces el maldiciente que eres un hipócrita, porque ve que te das á la devocion; y si el tal te tuviere por hombre de poco ánimo, porque perdonaste la injuria, búrlate de todo esto: porque, fuera de que tales juicios son siempre de necias y locas gentes, cuando se debria perder la fama, no se debria dejar la virtud ni apartarse de su camino, por cuanto siempre se ha de preferir el fruto á las hojas; esto es, el bien interior y espiritual á todos los bienes exteriores. Bien es que seamos celosos, pero no idólatras de nuestra fama; y así como no se debe ofender el ojo de los buenos, así tambien no se ha de querer contentar el de los malos. La barba le sirve al hombre de adorno, y el cabello á la mujer. Si se desarraiga y arranca del todo el pelo de la barba y el cabello de la cabeza, fácilmente podría no volver jamás; pero si solamente se corta, poco despues saldrá con más abundancia, más fuerte y espeso. De la misma manera, aunque la fama se vea mordida y cercenada de la lengua de los maldicientes (que es, dice David, «como una navaja afilada»), no por eso debemos inquietarnos, porque bien presto tornará á crecer y á mostrarse, no solo tan hermosa como de antes, pero más sólida y maciza; que si nuestros vicios, nuestra flojedad y nuestra mala vida nos (2) quitan la reputacion, será muy posible no volverla á cobrar jamás, por cuanto queda arrancada la raíz. La raíz pues de la fama es la bondad, la cual mientras estuviere en nosotros, puede siempre producir la honra que le es debida.

Hase pues de dejar la vana conversacion, el uso inútil, la amistad frívola, el trato alocado, si es que daña á la fama, porque la fama vale más que toda suerte de vanos contentos. Más si por el ejercicio de piedad, por el adelantamiento en la devocion, y buen pasaje al bien eterno, murmuran, fisgan ó calumnian, dejemos ladrar los mastines; porque si pueden sembrar alguna mala opinion contra nuestra reputacion, y por este medio cortar y arrasar los cabellos de la barba de nuestra fama, importará poco, porque bien presto tornará á renacer, y la navaja de la murmuracion servirá á nuestra honra como la podadera á la viña, que la hace abundar y multiplicar en fruto.

Tengamos siempre los ojos puestos en Jesucristo crucificado; caminemos en su servicio con confianza y simplicidad, pero sábia y discretamente. El será el protector de nuestra fama; y si él permite que la perdamos, será para volvernos otra mejor, ó para hacernos aprovechar en la santa humildad, de la cual una sola onza vale más que mil libras de honras. Si nos injuriaren injustamente, opongamos apaciblemente la verdad á la calumnia; y si perseveraren, perseveremos tambien nosotros en el humillarnos. Poniendo desta suerte nuestra reputacion con nuestra alma en las manos de Dios, no podrémos asegurarla mejor. Sirvamos á Dios por la buena ó mala fama, á ejemplo de san Pablo, porque podamos decir con Da-

(2) quita (Edicion original.)

vid: «O Dios mio! por vos es que yo he sufrido el opróbio y que la confusion ha cubierto mi rostro.»

Con todo esto, (1) no dejo de hacer excepcion de ciertas maldades tan atroces é infames, que ninguno debe sufrir la calumnia cuando justamente puede rechazarla, y ciertas personas, de cuya buena reputacion depende la edificacion de muchos; porque en semejantes casos se debe pretender (2) la reparacion contra el agravio recibido, siguiendo en esto el parecer de los teólogos.

CAPITULO VIII.

De la mansedumbre para con el prójimo, y remedio contra la ira.

El santo crisma, del cual por tradicion apostólica usan en la Iglesia de Dios para las confirmaciones y bendiciones, es compuesto de olio de oliva mezclado con bálsamo; que representan, entre otras cosas, las dos caras y muy amadas virtudes que resplandecen en la sagrada persona de nuestro Señor, las cuales nos ha singularmente encomendado, como si por ellas nuestro corazon debiera especialmente estar consagrado á su servicio y aplicado á su imitacion. «Aprended de mí (dice) que soy manso y humilde de corazon.» La humildad nos perficiona para con Dios, y la mansedumbre para con el prójimo. El bálsamo, que (como he dicho arriba) toma siempre el fondo entre todos los otros licores, representa la humildad; y el olio de oliva, que toma lo alto, representa la apacibilidad y mansedumbre, la cual excede todas las cosas y sale entre las otras virtudes, como quien es la flor de la caridad: la cual (segun san Bernardo) está en su perfeccion cuando no solo es paciente, sino cuando, fuera desto, es mansa y apacible. Pero advierte, Filotea, que este crisma místico, compuesto de mansedumbre y humildad, esté dentro de tu corazon, porque es uno de los mayores artificios del enemigo el hacer que muchos se embarquen en las palabras y apariencias exteriores destas dos virtudes; y no examinando bien sus aficiones interiores, piensan ser humildes y mansos, no siéndolo de ninguna manera en efeto: lo cual se conoce por cuanto, no obstante su ceremoniosa mansedumbre y humildad, á la menor palabra que ligera-mente los dicen, á la menor injuria que reciben, se sacuden y saltan con una arrogancia insufrible. Dicen que los que han tomado el preservativo que comunemente llaman el *betun de san Pablo*, no se hinchan estando mordidos y picados de la víbora, con tal que el betun sea del fino. De la misma manera, cuando la humildad y la mansedumbre son buenas y verdaderas, nos defienden de la hinchazon y ardor que las injurias suelen provocar en nuestros corazones. Y si hallándonos picados y mordidos de los maldicientes y enemigos, nos hinchamos, embravecemos y amostazamos, es señal clara que nuestra humildad y mansedumbre no son finas y verdaderas, sino artificiosas y aparentes.

Aquel santo y ilustre patriarca Josef, enviando sus hermanos de Egipto á la casa de su padre, les dió este solo aviso: «No os enojeis en el camino.» Lo mismo te digo yo, Filotea: esta miserable vida no es sino un camino para la otra bienaventurada; no nos enojemos

(1) no deje (Edicion original y posteriores.)

(2) la reputacion (Id.)

pues en el camino los unos con los otros; caminemos con la tropa de nuestros hermanos y compañeros, dulce, amigable y apaciblemente. Y más te digo, que de ninguna manera te enojés, si fuere posible, ni abras la puerta de tu corazon á ningun enojado pensamiento; porque dice Santiago: «La ira del hombre no obra la justicia de Dios.» Hase de resistir el mal y reprimir los vicios de los que tenemos á cargo, constante y valientemente, pero suave y apaciblemente. Nada aplaca tanto el elefante airado como la vista de un corderillo, y nada rompe tan fácilmente la fuerza de la artillería como la lana. No se estima tanto la correccion que procede de pasion, aunque acompañada de razon, como la que no tiene otro origen sino la razon sola; porque el alma racional, estando naturalmente sujeta á la razon, no está sujeta á la pasion sino por tiranía, y así por esto, cuando la razon está acompañada de pasion, se hace odiosa, siendo su justa dominacion apocada y abatida por la compañía de la tiranía. Los príncipes honran y consuelan infinito los pueblos cuando los visitan con séquito de paz; pero cuando traen estruendo de armas, aunque sea por el bien público, son siempre sus venidas desagradables y dañosas, por cuanto, aunque hagan exactamente observar la disciplina militar entre los soldados, no por eso pueden tanto que no haya siempre alguna desorden, la cual disminuye el buen nombre (a). De la misma manera, mientras la razon reina, y apaciblemente ejercita los castigos, correcciones y reprehensiones, aunque esto sea rigurosa y exactamente, todos la aman y la aprueban; pero cuando trae consigo la ira, la cólera y el enojo, que son (dice san Agustin) sus soldados, se hace más espantosa que amable, y su propio corazon queda ofendido y maltratado. «Mejor es (dice el mismo san Agustin escribiendo (3) á Profuturo) el rehusar la entrada á la ira cabal y justa, que el recibirla, por pequeña que sea; porque recibéndola es trabajoso el despedirla, por cuanto se entra como un pequeño pimpollo, y en un instante se hincha y engrosece;» que si llega á ganar la noche, y el sol se acuesta sobre nuestra ira (lo cual el Apóstol defiende), convirtiéndose en odio y rencor, apenas hay remedio de desecharla; por cuanto se cria de mil falsas persuasiones, y un hombre enojado no piensa nunca que su enojo es injusto.

Mejor es pues el procurar saber vivir sin cólera que el querer usar della moderada y sábiamente; y cuando por imperfeccion ó flaqueza nos hallamos arrebatados della, es mejor el rechazarla con presteza que detenerla un solo punto en nuestro corazon; porque, por poco espacio que la dén de asiento, se hace dueño del lugar, y hace como la serpiente, que tira fácilmente todo su cuerpo donde puede poner la cabeza. Pero ¿cómo la rechazaré yo? me dirás tú. Es menester, mi Filotea, que al primer toque suyo que sientas en tí, juntes prontamente tus fuerzas, no áspera ni impetuosamente, sino suavemente; porque, como vemos en las audiencias de muchos senados y parlamentos, que los ugières gritando silencio, hacen más ruido que aquellos á quien pretenden hacer callar, tambien sucede muchas veces que queriendo con ímpetu reprimir nuestra cólera,

(a) par le quel le bon-homme est foulé, dictó el Santo; «con el cual los hombres buenos sean oprimidos», tradujo Cubillas.

(3) á Profuturus, (Edicion original.)

levantamos más alboroto en nuestro corazón, que ella pudiera haber hecho; y hallándose así el corazón alborotado, no puede más ser dueño de sí mismo.

Después deste suave esfuerzo practicarás el aviso que san Agustín, ya viejo, daba al joven obispo Auxilio. «Haz (dice él) lo que un hombre debe hacer: que si te sucede lo que el hombre de Dios dice en el psalmo: Mi ojo está turbado de grande cólera,— acude á Dios, diciendo: Ten misericordia de mí, Señor; porque extiende su diestra y reprime tu enojo.» Dígote pues que es menester invocar el socorro de Dios cuando nos vemos asaltados de cólera, á imitación de los apóstoles, atormentados del viento y borrasca en medio de las aguas; porque él mandará á nuestras pasiones que cesen, y la tranquilidad, extendiéndose, traerá la bonanza. Pero, con todo esto, te advierto que la oración que se hace contra la cólera presente, de quien te hallas oprimido, debe practicarse suave y mansamente, y no con violencia; lo cual se ha de observar en todos los remedios que se platican contra este mal.

Con esto, luego que percibas haber caído en algun acto de cólera, repara la falta con un acto de suavidad prontamente, ejercitada con la persona con quien te encolerizaste; porque, de la misma manera que es un soberano remedio contra la mentira el desdecirse luego que se ha cometido, así también es un buen remedio contra la cólera el repararla luego con un acto contrario de suavidad; porque (como dicen) las llagas frescas son más fáciles de remedio.

Fuera desto, cuando te hallares con tranquilidad y sin ningún sujeto de cólera, haz grande provision de suavidad y mansedumbre, diciendo todas tus palabras y haciendo todas tus acciones, pequeñas ó grandes, en el más apacible modo que te sea posible; acordándote que la Esposa en el *Cántico de los Cánticos*, no solo tiene la miel en sus labios y en la punta de su lengua, sino que también la tiene debajo de la lengua, quiere decir, dentro del pecho. Y no solo hay miel, sino también leche; porque también no solo se ha de tener la palabra dulce para con el prójimo, sino también todo el pecho: esto es, todo lo interior de nuestra alma; y asimismo, no solo se debe tener la dulzura y suavidad de la miel, que es aromática y odorífera (esto es, la suavidad de la conversacion civil) con los extranjeros, sino también la dulzura de la leche entre los domésticos y vecinos cercanos: en lo cual yerran grandemente los que en la calle parecen ángeles, y en casa demonios.

CAPITULO IX.

De la suavidad para con nosotros mismos.

Una de las buenas prácticas que podemos hacer de la suavidad, es aquella de la cual el sujeto está en nosotros, no amohinándonos jamás contra nosotros mismos ni contra nuestras imperfecciones; porque, aunque la razón quiere que cuando caemos en faltas nos mostremos pesarosos y tristes, no por eso debemos admitir un pesar agrio, mohino, enfadoso y colérico. En lo cual hacen una gran falta muchos, que hallándose coléricos, se enojan de haberse enojado, se amohinan de haberse amohinado, y tienen enfado de haberse enfadado, porque por este medio tienen su corazón embebido y empapado en la cólera; y asimismo parece

que la segunda cólera arruina la primera, y no obstante, sirve de abertura y paso para una nueva cólera en la primera ocasion que se presente; fuera de que aquella cólera y mohina que toman consigo mismos procede de manifiesta soberbia, y no tiene origen sino del amor propio, el cual se alborota y inquieta viéndonos imperfectos. Menester es pues tener de nuestras faltas un pesar modesto, sosegado y firme, porque de la misma manera que un juez castiga mucho mejor los malos, dando sus sentencias por razón y espíritu sosegado, que no cuando las da por ímpetu y pasión (por cuanto castigando con pasión no castiga las faltas segun ellas son, sino segun es él mismo); así nosotros castigamos mucho mejor nuestras faltas con arrepentimientos sosegados y constantes que con arrepentimientos agrios, apretados y coléricos; porque estos arrepentimientos hechos con ímpetu, no se hacen segun la gravedad de nuestras faltas, sino segun nuestras inclinaciones. Por ejemplo: aquel que ama la castidad sentirá con grandísimo extremo la menor falta que contra ella cometa, y no hará sino reirse de la mayor murmuracion en que caiga. Al contrario, aquel que aborrece la murmuracion se atormentará por haber caído en la menor detraccion, y no hará caso de una gran falta contra la castidad; lo cual no sucede por otra causa sino que los tales no hacen el juicio de su conciencia por razón, sino por pasión.

Créeme, Filotea, que de la misma manera que las amonestaciones de un padre hechas suave y cordialmente, tienen más fuerza para corregir un hijo que la demasiada cólera y enojo; así cuando nuestro corazón habrá hecho alguna falta, si le reprehendemos con amonestaciones suaves y sosegadas (teniendo más compasión del que pasión contra él), animándole á la enmienda, el arrepentimiento que concebirá tomará más raíces y le penetrará mejor que no haría por un arrepentimiento enojoso, arrebatado y tempestuoso.

Cuanto á mí, si yo tuviese (por ejemplo) gran deseo de no caer en el vicio de la vanidad, y que no obstante esto hubiese grandemente caído en él, no por eso querría reprehender mi corazón desta manera: «¿No eres tú miserable y abominable, que después de tantas resoluciones te has dejado llevar desta vanidad? Muere de vergüenza, no levantes más los ojos al cielo, ciego, imprudente, traidor y desleal á tu Dios;» sino antes querría corregirle por razón y vía de compasión: «Ahora bien, pobre corazón mio, vesnos aquí caídos dentro del foso, del cual tantas veces habíamos resuelto el escaparnos. ¡Ah pobres de nosotros! Levantémonos y huyámosle el cuerpo para siempre; reclamemos la misericordia de Dios y esperemos en ella, que ella nos ayudará para de aquí adelante ser más firmes; y volvámonos al camino de la humildad. Animo pues, corazón mio, no seamos ya más tan fáciles: Dios será servido de ayudarnos; con que no harémos poco.» Y querría aun más: sobre esta reprehension fabricar una sólida y firme resolucion de nunca más caer en la falta, tomando los medios importantes á este fin y de la misma manera el aviso de mi maestro.

Y si no obstante esto, hallare alguno que su corazón no se mueve bastantemente por esta suave correccion, podrá el tal emplear la contradiccion y una re-

prehension áspera y fuerte para excitarle á una profunda confusion; con tal que, después de haberle con rudeza reprehendido y enojado, dé fin con un consuelo, acabando toda su ansia y enojo en una suave y santa confianza en Dios, á imitación de aquel gran penitente, el cual viendo su alma afligida, la consolaba desta suerte: «¿Por qué estás tú triste, ó alma mia, y por qué me alborotas tú? Espera en Dios, porque yo le bendeciré aun, como la salud de mi cara y mi verdadero Dios.»

Levanta pues tu corazón, cuando cayere, con suavidad, humillándote grandemente delante tu Dios por el conocimiento de tu miseria, sin que de ninguna manera te espantes de tu caída; pues no es cosa de admiracion ver que la enfermedad sea enferma, la flaqueza flaca, y la miseria apocada. Abomina, fuera desto, con todas tus fuerzas la ofensa que Dios ha recibido de tí; y con un grande ánimo y confianza en su misericordia, vuélvete al camino de la virtud, que habías abandonado.

CAPITULO X.

Que se ha de tratar de los negocios con cuenta; pero sin congoja y cuidado.

La cuenta y diligencia que debemos tener en nuestros negocios son cosas bien diferentes de la solicitud, cuidado y congoja. Los ángeles tienen cuenta de nuestra salvacion, y la procuran con diligencia; mas no por eso tienen solicitud, cuidado ni congoja: porque la cuenta y diligencia pertenece á su caridad; pero la solicitud, cuidado y congoja seria contrario á su felicidad. Así que, la cuenta y diligencia pueden estar acompañadas de la tranquilidad y paz de espíritu; pero no la solicitud y cuidado, y mucho menos la congoja.

Ten pues cuenta y diligencia en todos los negocios que tuvieres á cargo, Filotea mia, porque Dios, habiéndotelo confiado, quiere que tengas una gran cuenta con ellos; pero si fuere posible, no pongas solicitud ni cuidado: esto es, que no los empieces con inquietud, ansia ni ardor, ni te congojes en su alcance; porque toda suerte de congoja turba la razón y el juicio; y nos impide asimismo el acierto de la cosa que deseamos.

Cuando nuestro Señor reprehende á Santa Marta, dice: «Marta, Marta, tú estás muy solícita y te alborotas por muchas cosas.» ¿Ves tú cómo si ella se hubiera mostrado simplemente cuidadosa, no se hubiera alborotado; más por cuanto estaba demasiado cuidadosa y inquieta, se congojó y alborotó, que es en lo que nuestro Señor la reprehende? Los rios que mansamente corren por las llanuras, traen los grandes bajeles y ricas mercancías, y las aguas que caen poco á poco en la campaña, la fecundan de yerba y de grano; pero las torrentes y rios que con gran furia corren sobre la tierra, arruinan su comarca y son inútiles al comercio, y asimismo las aguas vehementes y tempestuosas asuelan los campos y las praderías. Jamás obra hecha con ímpetu y congoja fué bien acabada. Las cosas se han de acabar poco á poco, como dice el antiguo proverbio (a). Aquel que se da prisa (dice Salomón) corre peligro de tropezar y resbalar de piés.

(a) Il faut dépecher tout bellement.

Harto presto se hace la cosa cuando se hace bien. Los zánganos hacen mucho más ruido y andan mucho más embarazados que las abejas; pero no hacen la miel, sino la cera. Así, los que se congojan con un cuidado extraordinario y una solicitud impertinente, no hacen jamás ni mucho ni bien.

Las moscas no nos inquietan por su fortaleza, sino por la muchedumbre; así los grandes negocios no nos desasosiegan tanto como los pequeños, cuando son muchos. Recibe pues los negocios que te vinieren, con sosiego, y procura despacharlos por orden uno después del otro; porque si los quieres hacer todos juntos y con desorden, será trabajo vano y cansarte el espíritu, y será lo más cierto el rendirte en su alcance sin conseguir ningún buen efecto.

En todos tus negocios arrímate siempre á la providencia de Dios, por la cual sola todos tus desinios deben efectuarse. Procura asimismo de tu parte de cooperar con ella, y después cree que si hubieres confiado bien en Dios, será siempre el suceso que te viniere el más provechoso para tí, ya te parezca malo ó bueno, segun tu juicio particular.

Haz como los niños, que de la una mano se tienen á sus padres y con la otra cogen las fresas ó frutillas que se les ofrecen á los ojos. De la misma manera, juntando y manejando los bienes deste mundo con la una de tus manos, tendrás con la otra la del Padre celestial, tornándote á veces á él y viendo si le es agradable tu vida y tus ocupaciones. Y guárdate sobre todas cosas, de dejar su mano y su proteccion, pensando juntar y recoger aun más, porque si te abandona, no darás paso sin dar de ojos en tierra. Dígote aun más, Filotea: que cuando te vieres en medio de los negocios y ocupaciones comunes, que no requieren una atencion tan grande y cuidadosa, mires más á Dios que á los negocios. Y cuando los negocios fueren de tanta importancia, que requieran toda tu atencion para acabarlos bien, que mires de cuando en cuando á Dios, como hacen los que navegan en el mar, los cuales, para ir á la tierra que desean, miran más arriba y al cielo, que no abajo donde navegan. Así Dios trabajará contigo, en tí y por tí, y tu trabajo será lleno de consuelo.

CAPITULO XI.

De la obediencia.

Solamente la caridad nos pone en la perfeccion, pero la obediencia, la castidad y la pobreza son los tres grandes medios para adquirirla. La obediencia consagra nuestro corazón, la castidad nuestro cuerpo, y la pobreza nuestros medios al amor y servicio de Dios. Estas son las tres ramas de la cruz espiritual, todas tres fundadas sobre la cuarta, que es la humildad. No diré nada destas tres virtudes, en cuanto son solemnemente votadas, y no tocar esto sino á solos los religiosos; ni tampoco en cuanto son simplemente votadas, por cuanto, aunque el voto da siempre muchas gracias y merecimientos á todas las virtudes, para lo que yo pretendo no es necesario que sean ó no votadas, con tal que se observen: porque, aunque siendo votadas (y principalmente solemnemente), ponen al hombre en estado de perfeccion, basta, no obstante esto, que sean observadas para perfeccionarle; habiendo, no obstante esto, no

poca diferencia entre el estado de la perfeccion y la perfeccion, pues que todos los obispos y religiosos están en el estado de la perfeccion, y no por eso todos están en la perfeccion, como se ve más de lo que justo fuera. Procuremos pues, Filotea, practicar bien estas tres virtudes, cada uno segun su estado; porque, aunque ellas no nos pongan en el estado de perfeccion, nos darán, con todo esto, la misma perfeccion; y tambien estamos todos obligados á la práctica destas tres virtudes, aunque no á practicarlas todos de una misma manera.

Hay dos suertes de obediencia: la una necesaria y la otra voluntaria.

Por la necesaria debes con humildad obedecer á tus superiores eclesiásticos, como al papa, al obispo, al cura, y á aquellos que de su parte fueren puestos; debes obedecer á tus superiores políticos, esto es, á tu príncipe y á los magistrados que el tal hubiere establecido en tu tierra; debes tambien obedecer á tus superiores domésticos, como á tu padre, madre, amo y ama. Llámase pues esta obediencia necesaria, por cuanto ninguno puede negarla á tales superiores, habiéndolos Dios dado la autoridad de mandar y gobernar cada uno en aquello que le toca mandarnos. Haz pues lo que los tales te mandaren, pues esto es de necesidad; y si quieres perfeccionarte, sigue aun sus consejos, y de la misma manera sus deseos y inclinaciones, con tal que la caridad y prudencia te lo permita. Obedece cuando te mandaren cosa agradable, como comer, usar de alguna recreacion; porque, aunque parece que no es grande virtud el obedecer en tal caso, seria tambien el desobedecer no pequeño vicio. Obedece en las cosas indiferentes, como traer tal ó tal vestido, ir por un camino ó por otro, cantar ó reir, y esta será una obediencia de no poco merecimiento. Obedece en cosas dificultosas, ásperas y rudas, y la tal será una obediencia perfecta. Obedece, en fin, suavemente sin réplica, prontamente sin tardanza, alegremente sin enfado, y sobre todo, obedece amorosamente por amor de aquel que por amor de nosotros se hizo obediente hasta la muerte de la cruz, el cual (como dice san Bernardo) quiso más perder la vida que la obediencia.

Para aprender fácilmente á obedecer á tus superiores, condeciende tambien fácilmente con la voluntad de tus semejantes, cediendo á sus opiniones en lo que no fuere malo, sin ser contencioso ni porfiado. Acomódate de buena gana con los deseos de tus inferiores, cuanto la razon lo permitiere, sin usar con ellos de ninguna autoridad superior mientras fueren buenos.

Es manifesto engaño el creer que si fuésemos religiosos ó religiosas obedeceríamos fácilmente, hallando dificultad en obedecer á los que Dios nos dió por superiores.

Llamamos obediencia voluntaria aquella á la cual nos obligamos por nuestra propia eleccion, y la cual no nos es impuesta por ningun otro. No se escoge de ordinario el príncipe y el obispo, el padre y la madre, ni tampoco muchas veces el marido; pero escógelese bien el confesor, el maestro. Pongamos pues caso que escogiéndole se haga voto de obedecerle, como se ha dicho que la madre Teresa, fuera de la obediencia

solemnemente votada al superior de su orden, se obligó por un voto simple á obedecer al padre Gracian; ó que sin voto nos dediquemos á la obediencia de alguno;—siempre esta obediencia se llama voluntaria á razon de su fundamento, que depende de nuestra voluntad y eleccion.

Hase de obedecer á todos los superiores, á cada uno en aquello que tiene cargo para con nosotros: como en lo que toca á la policía y cosas públicas se ha de obedecer á los príncipes; á los preladados, en lo que toca á la policía eclesiástica; en las cosas domésticas, al padre, al amo, al marido; y cuanto á la direccion particular del alma, al maestro y confesor particular.

Haz que te ordene las acciones de piedad que debes observar tu padre espiritual, porque así serán mejores y tendrán doblada gracia y bondad: lo uno por sí mismas, por ser piadosas; y lo otro por la obediencia que las habrá ordenado, en cuya virtud serán hechas. ¡Dichosos los obedientes, porque Dios no permitirá nunca que se descaminen ni pierdan!

CAPITULO XII.

De la necesidad de la castidad.

La castidad es la flor de las virtudes: esta hace á los hombres casi iguales á los ángeles; nada es hermoso no acompañado de la limpieza, y la limpieza de los hombres es la castidad. Llámase la castidad honestidad, y su profesion honra. Llámase tambien integridad, y su contrario corrupcion. Tiene, fuera desto, su gloria separada, por ser la hermosa y blanca virtud del alma y del cuerpo.

Jamás nos es permitido dar á nuestros cuerpos ningun impúdico placer, de ninguna manera que sea, sino en un legítimo matrimonio, del cual la santidad puede, por una justa compensacion, reparar la falta que causa la delectacion. Tambien en el matrimonio se ha de observar la honestidad de la intencion; porque, si hay alguna malicia en el deleite, no haya sino honestidad en la voluntad.

El corazon casto es como la madre-perla, que no puede recibir ni una gota de agua no viniendo del cielo; y así él no puede recibir ningun placer sino del matrimonio, el cual es ordenado del cielo. Fuera desto, no le es permitido ningun pensamiento deshonesto, voluntario y entretenido.

Cuanto al primer grado desta virtud, guárdate, Filotea, de admitir ninguna suerte de deleite que sea prohibido y defendido, como son aquellos que se reciben fuera del matrimonio; de la misma manera en el matrimonio, cuando se usan fuera de la regla del matrimonio.

Cuanto á lo segundo, te apartarás cuanto te sea posible de los deleites inútiles y superfluos, aunque lícitos y permitidos.

Cuanto á lo tercero, no pondrás toda tu aficion en los placeres deleitosos que son mandados y ordenados, porque aunque se hayan de usar los deleites necesarios, esto es, los que miran (1) al fin y institucion del santo matrimonio, no por eso debemos atar á ellos el corazon y el espíritu.

(1) el fin (Edicion original.)

En lo demás todos tienen gran necesidad desta virtud. Los que están en vintez deben tener una animosa castidad, y que no solo menosprecien los objetos presentes y futuros, pero que resistan á las imaginaciones que los placeres lícitamente recibidos en el matrimonio pueden producir en su espíritu; los cuales por esto son más fáciles á los atraimientos deshonestos. A este propósito san Agustin encarece la pureza de su amado Alipio, el cual habia totalmente olvidado y menospreciado los deleites carnales, habiéndolos no obstante esto, experimentado en su juventud. Yes cierto que mientras los frutos están enteros, pueden conservarse, unos sobre la paja, otros entre la arena, y otros en su propio follaje; pero estando una vez decentados, es casi imposible el guardarlos, si no es en conserva de miel y azúcar. Así la castidad que no está aun tocada ni violada, puede guardarse de muchas maneras; pero estando una vez sentida ó decentada, nada la puede conservar sino una excelente devocion, la cual (como ya he dicho muchas veces) es la verdadera miel y azúcar del espíritu.

Las vírgines han menester una castidad extremamente simple para despedir de su corazon toda suerte de curiosos pensamientos, y menospreciar con un absoluto menosprecio toda suerte de placeres inmundos; los cuales verdaderamente no merecen ser deseados de los hombres, pues más que los hombres, son capaces dellos los jumentos y brutos. Guárdense pues estas almas puras de dudar que la castidad no sea incomparablemente mejor que todo aquello que la es incompatible; porque (como dice el gran san Jerónimo) el enemigo aprieta violentamente las vírgines, provocándolas al deseo de la prueba de los deleites, representándoselos infinitamente más gustosos y regalados de lo que ellos son; lo cual muchas veces las inquieta mucho, por cuanto (dice este santo padre) ellas tienen por más dulce y gustoso aquello que ignoran. Porque, como la pequeña mariposa, viendo la llama, va curiosamente volando al rededor della, por probar si es tan dulce como hermosa, y apretada desta fantasía, no cesa hasta que se pierde á la primer prueba; así la gente moza muy de ordinario se deja de tal manera asaltar de la falsa y loca estimacion que hacen del placer de las llamas lascivas, que despues de muchos curiosos pensamientos, se van en fin á arruinar y perder: más locos en esto que la mariposa, por cuanto esta tiene alguna ocasion de pensar que el fuego sea regalado, pues es tan hermoso; y ellos, sabiendo que aquello que buscan es por extremo deshonesto, no dejan por tanto de preferir la loca y brutal delectacion.

Pero cuanto á los casados, es cierto (no obstante que el vulgo no lo siente así) que les es muy necesaria la castidad, por cuanto esta en ellos no consiste en abstenerse absolutamente de los placeres carnales, sino en el contenerse entre los placeres. Así como este mandamiento: «Enojáos, y no pequeis,» es á mi parecer más difícil que este: «No os enojeis,» y que es antes más fácil el evitar la cólera que el reglalla; así es tambien más fácil el guardarse de todo punto de los deleites carnales que el guardarse en ellos la moderacion. Verdad es que la santa licencia del matrimonio tiene una fuerza particular para apagar el fuego de la concupiscencia; mas la flaqueza de los que dél go-

zan, pasa fácilmente de la permission á la disolucion, y del uso al abuso. Y como se ve que muchos ricos hurtan, no por necesidad, sino por avaricia; así tambien se ve mucha gente casada desreglarse á los placeres ilícitos solo por intemperancia y lubricidad, no obstante el legítimo objeto con el cual se debrian y podrían contentar; siendo su concupiscencia como un fuego ligero que va quemando á una parte y á otra, sin asirse á ninguna parte. Es siempre peligroso el tomar medicamentos violentos, por cuanto, si se toman más de lo necesario, ó que no estén bien preparados, se recibe gran daño. El matrimonio ha sido ordenado en parte para el remedio de la concupiscencia, y es sin duda un bonísimo remedio, pero violento y por el consiguiente, peligroso, si no se usa con discrecion.

Añado á esto que la variedad de los negocios humanos, fuera de las grandes enfermedades de que suele ser causa, aparta muchas veces los maridos de con sus mujeres. Por esto tienen los maridos necesidad de dos suertes de castidad: la una por la abstinencia absoluta que deben tener cuando están separados en las ocasiones que he dicho; y la otra por la moderacion que deben observar hallándose juntos. Es cierto que santa Catalina de Sena vió entre los condenados muchas almas en extremo atormentadas por haber violado la santidad del matrimonio; lo cual sucedió (decia la misma santa), no por la grandeza del pecado, porque los homicidios y las blasfemias son más enormes, sino por cuanto los que le cometen no hacen caso dél, y por el consiguiente continúan en él largo espacio.

Bien ves tú pues que la castidad es necesaria á toda suerte de gentes. «Seguid la paz con todos (dice el Apóstol), y la santidad, sin la cual ninguno verá á Dios.» Por la santidad pues se entiende la castidad, como san Jerónimo y san Crisóstomo lo han bien notado. No, Filotea, ninguno verá á Dios sin la castidad; ninguno habitará en su santo tabernáculo, que no sea limpio de corazon; y como dice el mismo Salvador, los sucios y deshonestos serán desterrados, y bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios.

CAPITULO XIII.

Aviso para conservar la castidad.

Estarás siempre, Filotea, pronta y aparejada á apartarte de todos los caminos, halagos y cebos de la lubricidad, porque este mal crece insensiblemente, y por pequeños principios hace progreso á grandes accidentes. Mucho más fácil es el huírle que el sanarle.

Los cuerpos humanos parecen á los vidrios, que no pueden traerse tocándose los unos con los otros, sin peligro de romperse; y á los frutos, los cuales, aunque enteros y en su sazón, no dejan de recibir gran daño tocándose los unos con los otros. El agua tambien, por fresca que esté en un vaso, siendo tocada de algun animal terrestre no puede conservar largo espacio su frescura. No permitas pues, Filotea, que ninguno te toque livianamente, ni por manera de burla ni juego; porque, aunque puede ser conservarse la castidad por estas acciones antes livianas que maliciosas, no por eso deja de recibir mengua y detrimento la frescura y flor de la castidad; y cuanto al dejarse tocar desho-

nestamente, es siempre la total ruina de la castidad.

La castidad depende del corazón, como de su origen, pero mira al cuerpo como su materia. Por esto pues se pierde por todos los sentidos exteriores del cuerpo, y por los pensamientos y deseos del corazón. Impudicidad es el mirar, oír, hablar, oler y tocar cosas deshonestas, cuando el corazón se detiene y recibe en ello gusto; y san Pablo dice que, no solo (1) no se ha de pensar en la fornicación, pero ni aun mentarla. Las abejas no solo no quieren tocar los cuerpos muertos, sino que huyen y aborrecen con extremo toda suerte de hediondez y mal olor. La sagrada Esposa, en el *Cántico de los Cánticos*, tiene sus manos que distilan mirra, licor preservativo de la corrupción; sus labios son de un rubí purpúreo, señal de la vergüenza de palabras; sus ojos de paloma, por causa de su limpieza; sus orejas tienen zarcillos de oro, muestra de pureza; su nariz semeja á los cedros de Líbano, madera incorruptible. Tal debe ser el alma (2) devota: casta, limpia y honesta de manos, de labios, de orejas, de ojos y de todo su cuerpo.

A este propósito quiero traer lo que el anciano padre Juan Casiano dice como pronunciado de la boca del gran san Basilio; el cual, hablando de sí mismo, dijo un día: «Yo no sé lo que son mujeres; y con todo eso, no soy virgen.» Verdaderamente la castidad se puede perder de tantas maneras como hay deshonestidades y lascivias; las cuales, según son grandes ó pequeñas, las unas la debilitan, las otras la hieren y las otras de todo punto la matan. Hay otras pasiones, no solo indiscretas, pero viciosas; no solo locas, pero deshonestas; no solo sensuales, pero carnales; y por estas la castidad queda por lo menos muy ofendida y interesada. Dije por lo menos, por cuanto muere y perece de todo punto cuando las lascivias dan á la carne el último efecto de placer deleitoso; porque entonces padece la castidad más indigna y desventuradamente que cuando se pierde por la fornicación, y no solo por la fornicación, pero por el adulterio y incesto: porque estas últimas especies de torpezas no son sino pecados, pero las otras (como dice Tertuliano en el libro de la *Honestidad*) son monstruos de iniquidad y pecado. Casiano no cree, ni yo tampoco, que san Basilio tropezase en este desconcierto, cuando se acusa de no ser virgen; y así, pienso que no decía esto sino por los malos y viciosos pensamientos, los cuales aunque no hubiesen manchado su cuerpo, habían no obstante (3) contaminado su corazón, cuya castidad celan en extremo las almas generosas.

No converses de ninguna manera con las personas deshonestas, principalmente si son también escandalosas (como lo son casi siempre); porque, como los carboneros cuando tocan con la lengua los almendros dulces los vuelven amargos, así estas almas hediondas y corazones infectados no hablan á nadie, ni del uno ni otro sexo, que no le hagan apartarse algo de la honestidad. Tienen los tales el veneno en los ojos y en el aliento, como los basiliscos.

Tratarás pues las gentes castas y virtuosas; pensarás y leerás á menudo en las cosas sagradas, porque la pa-

(1) se ha de pensar (*Edición original*.)

(2) casta, limpia (*id.*)

(3) contraminado (*id.*)

labra de Dios es casta y hace á los que se deleitan en ella castos; y así, la compara David al topacio, piedra preciosa, la cual por su propiedad mitiga el ardor de la concupiscencia.

Considérate siempre cerca de Jesucristo crucificado, espiritualmente por la meditación, y realmente por la santa Comunión; porque, de la misma manera que los que descansan sobre la yerba llamada agnocasto se hacen castos y honestos, de la misma manera, reposando tu corazón en nuestro Señor, que es el verdadero Cordero casto y sin mácula, verás cuán presto tu alma y tu corazón se hallarán purificados de toda lubricidad y torpeza.

CAPITULO XIV.

De la pobreza de espíritu observada entre las riquezas.

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque poseerán el reino de los cielos. Desventurados pues los ricos de espíritu, porque poseerán la miseria del infierno. Rico es de espíritu aquel que tiene sus riquezas en su espíritu, ó su espíritu en sus riquezas. Pobre es de espíritu aquel que no tiene ningunas riquezas en su espíritu, ni su espíritu en las riquezas. Los alciones hacen sus nidos cubiertos por todas partes, no dejando sino una pequeña abertura por arriba; hácenlos á la orilla de la mar, pero tan firmes y impenetrables, que aunque los cojan las ondas nunca puede entrarles el agua; antes nadando siempre sobre ella, quedan en medio de la mar, sobre la mar y dueños de la mar. Tu corazón, amada Filotea, debe ser de la misma manera: abierto solo al cielo, y impenetrable á las riquezas y cosas caducas. Si destas tuvieses abundancia, ten tu corazón exento de la afición dellas; de suerte que tenga siempre la parte superior, y que en medio de las riquezas esté sin riquezas, y se haga dueño, y no esclavo dellas. No pongas tu espíritu celeste en los bienes terrestres, sino sobre ellos, y no en ellos.

Diferencia hay entre tener ponzoña ó estar emponzoñado. Los boticarios tienen casi todos veneno para servirse en ciertas ocurrencias, mas no por eso están venenosos; porque no tienen el veneno en el cuerpo, sino en las boticas. Así puedes tú también tener riquezas sin estar emponzoñada dellas; esto será si las tuvieses en tu casa ó en tu bolsa, y no en tu corazón. Ser rico en efecto, y pobre de afición, es la gran dicha del cristiano, por cuanto por este medio tiene las comodidades de las riquezas para este mundo, y el merecimiento de la pobreza para el otro.

Vemos, Filotea, que jamás ninguno querrá confesar ser avaro; todos aborrecen esta bajeza y vileza de corazón; excúsanse con lo que obliga el cargo de los hijos, con que la sabiduría manda que se establezcan en medios y fuerzas. Jamás tienen demasiado, hállanse siempre necesitados de tener aun más; y asimismo los más avaros, no solo no confiesan serlo, mas ni aun piensan en sus conciencias que lo son: porque la avaricia es una (4) fiebre prodigiosa, la cual se hace tanto más insensible cuanto es más ardiente y violenta. Moisés vió el fuego sagrado que quemaba una zarza, sin que de ninguna manera la consumiese. Pero al contrario, el fuego profano de la avaricia consume y acaba los ava-

(4) figura prodigiosa, (*Edición original*.)

rientos, sin que de ninguna manera les queme, ó por lo menos, en medio de su ardor y calor más excesivo les parece que su alteración insaciable es una sed natural y suave.

Si desearas largo espacio con ansia y inquietud los bienes que no tuvieses, aunque te parezca que así no los desearas injustamente, no por eso dejarás desear avaro. Aquel que desea con ansia mucho tiempo y con inquietud el beber, aunque el tal no quiera beber sino agua, no deja por eso de dar muestras de tener accidente.

No sé, Filotea, si es un deseo justo el desear tener justamente lo que otro posee justamente, porque parece que por este deseo nos queremos acomodar por la incomodidad ajena. Aquel que posee un bien justamente, no tiene más razón de guardarle justamente, que nosotros de deseárselo justamente. ¿Por qué pues alargamos nuestro deseo á su comodidad para privarle della? Por lo menos, si este deseo es justo, no será caritativo; porque nosotros no queríamos de ninguna manera que ninguno deseara (aunque justamente) lo que nosotros queremos guardar justamente. Este fué el pecado de Acáb, que quiso tener justamente la viña de Naboth, el cual la quería aun más justamente guardar; deseóla con ansia mucho tiempo y con inquietud, y por esto ofendió á Dios.

Procura, Filotea, desear los bienes del próximo cuando comenzare á desear dejarlos, porque entonces su deseo hará el tuyo, no solo justo, pero caritativo; que bien quiero procures acrecentar tus medios y facultades, con tal que esto sea mansa y caritativamente.

Si amas con extremo los bienes que tienes, y para esto andas siempre muy embarazada poniendo en ellos tu corazón, y asida á tus pensamientos, temiendo con un vivo miedo el perderlos, créeme que tienes alguna suerte de accidente; porque los que le tienen beben el agua que les dan con una cierta ansia, con una suerte de atención y gusto, lo cual falta en los que están sanos. Es imposible agradarse mucho de una cosa sin tenerla mucha afición.

Si te sucediere perder hacienda y conocieres que tu corazón se atormenta y aflige mucho, créeme, Filotea, que la tenias mucha afición; porque nada atestigua tanto la afición para con la cosa perdida como la aflicción de la pérdida.

No desees pues con un deseo entero y formado los bienes que no tienes. No arraigues tu corazón demasiado en los que tienes. No te aflijas por las pérdidas que te sobrevinieren; y así darás algún indicio de creer que siendo rica en efecto, no lo eres de afición; sino que eres pobre de espíritu, y por consiguiente, bienaventurada, pues como á tal te pertenece el reino de los cielos.

CAPITULO XV.

Cómo se ha de practicar la pobreza real, quedando con todo eso realmente ricos.

El pintor Parrasio pintaba el pueblo ateniense por una invención muy ingeniosa, representándole de un natural diverso y variable, colérico, injusto, inconstante, cortés, clemente, misericordioso, altivo, glorioso, humilde, arrogante y fiero, y todo esto junto. Pero yo, amada Filotea, querría hacer aun más, porque querría

poner en tu corazón la riqueza y la pobreza juntas, un grande cuidado y un grande menosprecio de las cosas temporales.

Ten mucho más cuidado que los mundanos tienen, en que tus riquezas sean más útiles y provechosas. Dime: los jardineros de los grandes príncipes ¿no se muestran más cuidadosos y diligentes en el cultivar y hermoear los jardines que tienen á cargo, que si fuesen suyos propios? Y ¿por qué hacen esto? Por cuanto sin duda consideran estos jardines como jardines de reyes y príncipes, á los cuales desean agradar por tales servicios. Amada Filotea, las posesiones que tenemos no son nuestras: Dios nos las ha dado para que las cultivemos, y quiere que las hagamos fructuosas y útiles; y por esta razón le agradamos en tener cuenta dellas.

Mas es necesario que este sea un cuidado mayor y más sólido que el que los mundanos tienen de sus bienes, porque los tales no se embarazan sino por amor dellos mismos, y nosotros debemos trabajar por amor de Dios. Como el amor pues de sí mismo es violento, inquieto y alborotado; así el cuidado que dél resulta está lleno de desasosiego, inquietud y desabrimiento. Y como el amor de Dios es dulce, suave y apacible, así el cuidado que procede dél (aunque este sea por los bienes del mundo) es amigable, dulce y apacible. Tengamos pues este cuidado apacible de la conservación, esto es, del aumento de nuestros bienes temporales, cuando se presentare alguna justa ocasión, y cuando nuestro estado lo requiera, porque Dios quiere que hagamos esto por él.

Pero tendrás cuenta que el amor propio no te engañe, porque á veces este contrahace tan bien el amor de Dios que dirían que es el mismo. Para estorbar pues que no te engañe, y que este cuidado de los bienes temporales no se convierta en avaricia, fuera de lo que he dicho en el capítulo precedente, nos es necesario practicar muy á menudo la pobreza real y efectual en medio de todas las facultades y riquezas que Dios nos ha dado.

Deja pues siempre alguna parte de tu hacienda, dándola de buena gana á los pobres y necesitados, porque dar lo que se tiene es empobrecerse de otro tanto; y cuanto más darás, tanto más te empobrecerás. Verdad es que Dios te lo volverá, no solo en el otro mundo, pero en este, con grande abundancia; porque no hay cosa que tanto haga prosperar temporalmente como la limosna; y esperando que Dios nuestro señor te lo vuelva, te habrás ya empobrecido de otro tanto como hubieses dado. ¡Oh cuán santa y rica pobreza es la que viene de la limosna!

Ama los pobres y la pobreza, porque por este amor te harás verdaderamente pobre, pues, como dice la Escritura: «Nosotros somos hechos como las cosas que amamos.» El amor iguala los amantes. «¿Quién está enfermo, con el cual no esté yo enfermo?» dice san Pablo. Podía decir: «¿Quién está pobre, con el cual no esté yo pobre? Y esto por cuanto el amor le hacia semejante á los que amaba. Si amares pues los pobres, tu serás verdaderamente participante de su pobreza, y pobre como ellos.

Si amas pues los pobres, trátalos á menudo; toma gusto en que te visiten y en visitarlos; convérsalos de buena gana, huélgate de que se alleguen á tí en las iglesias, en las calles y en cualquier parte. Sé pobre de lengua con ellos, hablándoles como compañero; pero sé rica